

Guerra y caminos de paz en el conflicto Palestino-israelí

Sergio Nicolás YAHNI

The Alternative Information Center

En memoria del Dr. Thabeth Thabeth, activista palestino por la paz asesinado por el ejército de Israel al principio de la intifada

En abril del año 2002, junto con un grupo de activistas israelíes, visité la ciudad de Ramalla al salir de una temporada de 28 días en una cárcel militar, por negarme servir en el ejército israelí de ocupación. Los tanques de aquel ejército en el que yo me había negado a servir, se veían en cada esquina, y también se veía la destrucción que habían dejado tras de sí.

Éramos siete. Entramos a hurtadillas escapándonos de los controles militares. Nuestro objetivo era entrar en la Muqata', la comandancia general de la policía palestina en la ciudad, donde se encontraban asediados el presidente palestino y sus colaboradores próximos. Junto a los mandatarios palestinos se encontraban activistas extranjeros, que servían de protección. Nosotros queríamos estar allí, junto a los líderes asediados, junto a la solidaridad internacional, protestando contra la reocupación de la ciudad por parte de las tropas de Israel, levantando nuestra voz por la paz y contra la ocupación.

La noche anterior a nuestro intento de penetrar la cerrada seguridad israelí alrededor de la Muqata', la pasamos en un hospital palestino, junto a los heridos del último mes de batallas. La dirección del hospital había convertido el estacionamiento de coches en una fosa común, ya que no había suficiente lugar en las cámaras frías de la morgue. Nunca esperamos ser bien recibidos en Ramalla, y -menos todavía- no esperamos que en un hospital palestino, asediado por tanques del ejército, donde la mayoría de los internos habían sido heridos de gravedad por ese mismo ejército, se nos recibiera con calor y amistad. Pero logramos pasar la noche hablando y dialogando con heridos palestinos, compartiendo el café. Parte de los palestinos habían sido combatientes. Uno contó cómo la ambulancia que lo llevaba al hospital fue interceptada por el ejército, cómo lo llevaron a un centro de interrogación y cómo lo dejaron allí bajo la lluvia. El médico militar que lo atendió solamente atendía a si se podía continuar con el interrogatorio, no intentó darle ningún tratamiento. Otro se interesó por cómo estaba la gente en Israel, qué pensaba la gente de Sharon. Anteriormente, al principio del levantamiento, él trabajaba en la construcción en Tel-Aviv. Hacía más de un año que estaba desempleado.

Para todos los que estábamos allí, esa noche fue un reencuentro con la posibilidad de que esta guerra, que lleva ya casi cien años, tenga un fin, un reencuentro con la posibilidad de que palestinos e israelíes puedan compartir y repartir esta tierra que vio tantas muertes. Esa fue nuestra ventana de oportunidades, abierta después de siete años de negociaciones entre Israel y la Autoridad Palestina, que culminaron en una innecesaria hemorragia. Pero, éramos y somos un puñado de soñadores que gritan que israelíes y palestinos pueden compartir el futuro. Que un futuro sin guerras es posible, y que está al alcance de la mano.

Por otro lado, si bien la paz se construye con el diálogo, son los gobiernos quienes pueden y tienen que crear las condiciones políticas para que el diálogo sea posible.

Paz y reconciliación: la perspectiva lógica y la realidad palestino-israelí

No hay guerras de-luxe. La guerra es el feudo de la muerte y del crimen. Si bien hay quien habla de guerras justas -por ejemplo la guerra contra Alemania Nazi-, por más justa que una guerra pueda ser, la guerra hace que se cometan atrocidades que llevarán a la población a un sufrimiento extremo. En el caso de Alemania, por ejemplo, el bombardeo y la destrucción de la ciudad de Dresden por parte de los aliados, no tenía un objetivo militar. Dresden fue bombardeada como venganza y causó un sufrimiento innecesario por parte de la población civil no combatiente.

Hay que tener esto en cuenta cuando se habla de reconciliación, o sea, cuando intentamos ir más allá del aspecto militar del fin del conflicto, que es el cese del fuego, y del aspecto político-gubernamental, que es un acuerdo de paz. La reconciliación pertenece a la sociedad civil, y tiene que ver con cicatrizar las heridas abiertas por la violencia.

La finalización de un conflicto tiene tres fases esenciales. La primera es el cese del fuego que hace que el uso de las armas pase a la mesa de negociaciones, y significa que las partes al conflicto se comprometen a vetar el uso de la fuerza siempre que las negociaciones continúen. Esta fase debe incluir las condiciones que permitan el desarrollo efectivo de las negociaciones, tales como -entre otras cosas- la liberación de prisioneros de guerra -en un conflicto internacional-, o de presos políticos -en caso de un conflicto dentro de un solo estado-, el retiro parcial o total de tropas o -en caso de un conflicto interno- medidas policiales que permitan a la oposición expresarse libremente y no por medio de las armas, y las formas de verificar el desarrollo del proceso en sí y la aplicación de los acuerdos.

La segunda fase es un acuerdo político entre las partes: un acuerdo de paz, que sólo puede nacer de un cese del fuego. En esta fase las partes acuerdan las relaciones futuras entre ellas, la división de territorios, las relaciones económicas y políticas y las formas de negociar conflictos futuros. O bien las formas políticas internas al Estado para posibilitar a ambos bandos el expresarse libremente y solucionar por medios pacíficos los conflictos internos.

Finalmente, se puede hablar de un proceso de reconciliación. La reconciliación entre las partes en conflicto tiene como objetivo permitir la resolución de los problemas que llevaron a las hostilidades cicatrizando las heridas creadas durante el conflicto, y reparando los crímenes que las partes cometieron durante las hostilidades al crear instituciones que establezcan en las partes al conflicto el sentimiento de que el fin del conflicto trajo consigo justicia.

Desde una perspectiva institucional se trata de etapas consecutivas que no se pueden saltar. Tampoco se puede crear condiciones de reconciliación sin que las partes del conflicto y sus víctimas no sientan que se ha hecho justicia reparando los sufrimientos. Al mismo tiempo un proceso de paz, si bien es un proceso político, no puede seguir adelante sin la intervención activa de la sociedad civil. Es la sociedad civil la que tiene que presionar por una solución no violenta en el conflicto, son los intereses de la sociedad civil los que tienen que prevalecer en las

negociaciones políticas de un proceso de paz, y finalmente la reconciliación no es entre entidades políticas sino entre civiles e individuos a ambos lados del conflicto

Así fue la "hoja de ruta" que llevó al fin del apartheid en Sud-Africa. Primero se legitimizó al ANC y se liberaron los presos políticos, incluyendo, por supuesto, a Nelson Mandela. Este proceso dio espacio para negociaciones que culminaron en un proceso electoral. Las elecciones generales en Sud-Africa, no solamente borraron el apartheid del futuro político del país sino que crearon las condiciones para la reconciliación entre las partes, llevada adelante por el Reverendo Desmond Tutu. En el proceso sudafricano, paralelamente al desarrollo institucional de las relaciones entre el gobierno y el ANC, hubo un proceso en el cual participaron organizaciones de la sociedad civil, sindicatos, iglesias y ONGs que no solamente permitieron que el proceso se desarrollara, sino que también levantaron proposiciones y demandas con respecto al proceso frente a las negociaciones mismas.

Más el proceso de paz palestino-israelí siguió una línea totalmente diferente. Si bien hubo una declaración formal de cese del fuego entre las partes, no hubo amnistía de los presos políticos palestinos. La construcción de colonias en los territorios ocupados por Israel continuó sin molestias, el gobierno de Israel mantuvo una política de ejecuciones sumarias de activistas palestinos, y no permitió el desarrollo de un Estado palestino independiente y soberano que podría haber servido de medio para pasar de un proceso de cese del fuego a un proceso de paz. Al mismo tiempo, si bien la sociedad civil israelí creó presiones sobre las instituciones israelíes para lanzar el proceso de paz, se desmovilizó durante el proceso mismo, dejando a la sociedad política y sus intereses contradictorios monopolizar el proceso.

El abril del año 2000, a siete años de proceso de paz, 135 intelectuales palestinos publicaron en el periódico Ha'aretz una carta abierta al público israelí y judío. En ella, los firmantes decían que los acontecimientos del momento más que sembrar semillas de paz, preparaban la próxima guerra. "La gran mayoría de los palestinos, incluidos nosotros, están convencidos de que ha llegado el momento para un acuerdo de comprensión y para la paz entre nosotros y los israelíes. Un acuerdo que nos podría permitir una vida común y pacífica en esta tierra, más allá de las injusticias, el dolor y el despojo que ha sufrido nuestro pueblo a manos de los israelíes. Esta misma mayoría palestina cree que la paz estará fundada en dos principios: la justicia y las necesidades conjuntas para la vida en el futuro". Esta carta abierta decía, también, que la realidad era muy diferente, "ya que una de las partes del conflicto, al suponer que tiene las relaciones de fuerza a su favor, está dispuesta a denigrar a la otra y a forzarla a aceptar cualquier propuesta. Así, el esperado acuerdo histórico se transforma en un acuerdo de los israelíes con sí mismos y no con los palestinos".

Esta carta abierta fue la última vez que la razón tomó la palabra en el marco del conflicto palestino-israelí. Unos meses más tarde, durante la cumbre de Camp David II, Ehud Barak, el premier israelí intentaba forzar al presidente palestino, Yasser Arafat, a capitular, denegando los principios básicos de la lucha palestina de liberación nacional. Barak, suponiendo que la debilidad del líder palestino no le dejaría otra alternativa, proponía a Arafat, dictando un ultimátum, la creación de un Estado palestino formalmente independiente, pero no soberano, a cambio de la renuncia palestina al derecho al retorno, y de la declaración palestina de que el conflicto había llegado a su fin ya que no existirían reivindicaciones palestinas adicionales.

No solamente Arafat no aceptó ni podría haber aceptado el ultimátum israelí, sino que en la actitud del premier israelí, los palestinos veían reflejada su experiencia cotidiana durante los últimos siete años: la política de control total de Israel. La falta total del respeto hacia el palestino como individuo, sus sueños y su propiedad. Y finalmente la falta de disposición a hacer concesiones mínimas con respecto de las esperanzas y los sueños del pueblo palestino. De esta manera, Barak había dado la palabra a la fuerza y el levantamiento palestino se había transformado solamente en una cuestión de tiempo. Así llegaba a su fin el proceso de paz palestino-israelí.

La Declaración de Principios (Declaration of Principles - DOP) firmada en Washington el 13 de septiembre de 1993 había regulado por siete años las relaciones políticas entre Israel y los palestinos. Estos acuerdos, conocidos también como "los acuerdos de Oslo" por haber sido negociados en la capital Noruega, tenían como objetivo crear las condiciones que llevarían a una paz negociada entre palestinos e israelíes en un proceso gradual que duraría cinco años.

Inteligentemente, estos acuerdos se habían concebido de manera que cada paso adelante creara credibilidad entre las partes, y que al mismo tiempo establecieran hechos sobre el terreno que pudieran hacer sostenible el proceso de paz. Así, por ejemplo, el DOP establecía la Autoridad Nacional Palestina, como el embrión de un gobierno palestino independiente, y al mismo tiempo creaba las condiciones regionales e internacionales para la reconstrucción de la economía palestina y las condiciones políticas que darían espacio a establecer organizaciones de la sociedad civil palestina, que fueron prohibidas hasta el momento por Israel.

Problemáticamente, Israel no había aceptado la intervención de una tercera parte que monitorease el proceso y la aplicación de los acuerdos, así el DOP estaba basado en la buena fe de las partes. La falta de monitores y el hecho de que no se hubieran establecido mecanismos que permitieran al proceso político avanzar en tiempos de crisis -cuando la buena fe hubiera desaparecido- dejó al proceso a merced de las interpretaciones de las partes sobre los acuerdos firmados, y de las relaciones de fuerza entre éstas. O sea que el proceso de paz quedó a merced de la interpretación unilateral de Israel, ya que Israel mantiene el poder militar y económico en la región.

El sionismo: la ideología oficial de Israel

El Estado de Israel es la expresión política del movimiento de colonización sionista. El sionismo como ideología y como práctica nació en Europa central a fines del siglo XIX. El movimiento sionista sostenía dos objetivos principales: la colonización de Palestina y la creación de un Estado judío.

El sionismo fue una expresión judía del renacimiento nacionalista en Europa del Este a fines de la década del 40 del siglo XIX. A la par de sus de otras nacionalidades, la primeras expresiones del nacionalismo judío fueron el renacimiento de la lengua -el hebreo- y la adopción de postulados románticos que veían en la emigración a Palestina -cuna histórica del pueblo- y en su colonización, la única redención que permitía volver a un pasado heroico, contrapuesto a un presente denigrante. En el pasado mítico postulado por el romanticismo nacionalista, los judíos eran un pueblo de productores combativos, en contradicción con el presente, en el que los judíos se habían transformado en pueblo de víctimas y pequeños comerciantes.

El sionismo interpretaba la opresión de los judíos en Europa del Este no como consecuencia de las condiciones sociales y políticas de la región, sino como una característica esencial a la corrupción ética y moral del pueblo en su largo exilio. En la diáspora el judío había adoptado una vida parasitaria, a costa del gentil, y por lo tanto el odio del gentil era natural, y así había transformado al judío en víctima. De aquí que la revolución nacionalista significaba no solamente la creación de una soberanía judía en Palestina, la tierra mítica, sino también la regeneración del judío.

La colonización de Palestina, la fundación de ciudades, y colonias agrícolas se hizo en dos formas diferentes. Unas producirían productos para el mercado internacional, en las que el colono empleaba mano de obra nativa (árabe-palestina) creándose así una sociedad similar al apartheid sudafricano. Otras adoptaron una práctica que recordaba a la visión nacionalista revolucionaria. Para estas últimas el objetivo de la emigración a Palestina era la transformación del judío, excluyendo al nativo, el árabe-palestino. En su forma revolucionaria el nacionalismo sionista emerge invocando la limpieza étnica, como elemento central de la redención de la tierra y el pueblo de Israel .

La corona británica que gobernó Palestina desde finales de la primera guerra mundial permitió tanto la materialización de la colonización judía, y de sus prácticas que ya desde los primeros tiempos llevaron a cabo la explotación del palestino, la pauperización de las comunidades y la eventual limpieza étnica en las regiones colonizadas. Mas fue con la creación del Estado de Israel en 1948 cuando la limpieza étnica llegó a su zénit con la deportación del 90% de la población palestina de los territorios del Estado. El restante 10% de la población palestina en Israel tuvo que integrarse en condiciones de segregación y represión continua.

La ideología sionista, que postula un Estado exclusivamente judío y la colonización, sigue siendo la ideología y la práctica oficial de Israel. De esta manera Israel colonizó los territorios conquistados y despoblados durante la guerra de 1948, y la Cisjordania y la Franja de Gaza, después de la conquista de 1967. Israel nunca limitó sus ansias colonizadoras, tampoco durante el proceso de paz. Por ejemplo en el período 1993-2000 el número de colonos en Cisjordania y Gaza (excluyendo Jerusalén Oriental) se multiplicó, siendo 100,000 en 1993 y 200,000 en el 2000.

El caso palestino y la aplicación de las regulaciones internacionales

Los objetivos de la lucha nacional palestina no exceden el marco de las resoluciones de las Naciones Unidas: (1) la creación de un Estado Palestino independiente y soberano (Resolución 181 de la Asamblea General), (2) el derecho al retorno de los refugiados palestinos (Resolución 194 de la Asamblea General), (3) que se retiren las tropas israelíes de la Cisjordania y la Franja de Gaza (Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad). Consecuentemente, las organizaciones que constituyen la OLP demandan que Israel cumpla con sus obligaciones con respecto a la Cuarta Convención de Ginebra todo el tiempo que la ocupación israelí continúa.

Mas el cumplimiento y aplicación del derecho internacional y las resoluciones de la ONU restringirían el proyecto colonial sionista. De la misma manera, al imponerse las resoluciones de la comunidad internacional el carácter de Israel como estado étnico exclusivo se vería en peligro. De esta manera el Estado de Israel se encuentra en contradicción con el marco de referencia para la resolución del conflicto palestino-israelí: el respeto y el cumplimiento de las resoluciones de la comunidad internacional. Por lo tanto el Estado de Israel se encuentra en conflicto no solamente con el Pueblo Palestino, sino también con la comunidad internacional.

En 1993 Israel aceptó entrar en negociaciones con respecto al futuro de los territorios ocupados en 1967 solamente bajo la condición que se trate de negociaciones bilaterales y que no se haga referencia a las regulaciones internacionales. De esta manera se relativizaron los derechos del Pueblo Palestino, siendo las relaciones de fuerza, y no el derecho internacional, aquellas que dictaron la aplicación de los acuerdos concebidos entre ambas partes.

En la declaración de abril del 2000 los intelectuales palestinos dicen que "la historia ha demostrado que solamente aquellos acuerdos basados en el reconocimiento mutuo, la justicia y la igualdad, pudieron mantenerse, y aquellos acuerdos que estuvieron basados en la fuerza y la denigración llevaron a más guerras y desastres". El desastre comenzó el 29 de septiembre del año 2000.

El reto a la sociedad civil

El viernes 29 de septiembre cinco fieles musulmanes fueron matados por la policía de Israel en la explanada del Haram al Sharif cuando protestaban contra la provocativa visita de Ariel Sharon al lugar el día anterior. El Haram al Sharif, la explanada de las mezquitas en Jerusalén, conocida por cristianos y judíos como el Monte del Templo, es el tercer lugar sagrado del Islam. Según la tradición de las religiones monoteístas ése es el lugar donde estuvo el templo salomónico, y según la tradición musulmana Mahoma subió a los cielos desde ese mismo lugar. El Haram al Sharif, para unos, o Monte del Templo, para otros, se transformó en un explosivo símbolo nacional y religioso disputado por ambas comunidades. Los disparos de la policía fueron interpretados como profanación del lugar. El sábado al mediodía, las televisiones del mundo transmitieron las imágenes de Muhamad a-Dura, un niño palestino, muriendo en brazos de su padre en Gaza durante una manifestación que protestaba por la profanación del haram. Las manifestaciones se expandieron a la población palestina de Israel. La política del ejército de Israel - que estaba preparado para un ocasional levantamiento palestino- era reprimir inmediatamente y con armas de fuego cualquier manifestación de disgusto popular, y así, los muertos se fueron acumulando tanto en los Territorios Palestinos Ocupados, como en de la comunidad palestina dentro de Israel.

Las organizaciones de la sociedad civil en Israel, que durante los siete años del proceso de paz, se habían integrado mayoritariamente a los proyectos institucionales del gobierno israelí, se habían despolitizado y desmovilizado, y no reaccionaron a las muertes y la represión. Al revés, apoyaron la política gubernamental viendo en la Autoridad Nacional Palestina la responsable de la nueva ola de violencia. Así se quebraron los débiles lazos de diálogo que todavía existían.

Solamente grupos minoritarios y pequeños tuvieron el coraje de responder a la política gubernamental. Fueron los objetores de conciencia, el movimiento de mujeres, y un nuevo grupo que se autogestionó con el principio del levantamiento, Ta'ayush, que en árabe significa coexistencia. Este grupo de activistas israelíes y palestinos ciudadanos de Israel postulaban que si la lucha por la paz no era al mismo tiempo una lucha israelí-palestina por la igualdad y la justicia, no sería una lucha por la paz, sino que reincidiría en los postulados institucionales de enfrentamiento entre los dos pueblos. La visión de lucha conjunta árabe-judía era también postulada por el movimiento de mujeres en el que cooperan mujeres judías y palestinas ciudadanas de Israel y que tiene proyectos con organizaciones feministas en los Territorios Palestinos Ocupados. Finalmente, el

movimiento de objetores ponía en cuestión la concepción militarista del Estado y la legitimidad del poder ejecutivo de utilizar el ejército como brazo represivo.

Estos tres movimientos fueron el núcleo de una nueva expresión política dentro de la sociedad israelí que no solamente postulaba una lucha por la paz sino que cuestionaba la misma política de ocupación y colonización de Israel. Si durante el proceso de Oslo existió un campo por la paz en Israel, durante el levantamiento nació y creció un campo contra la ocupación que a diferencia del primero cuestionaba la ideología oficial del Estado, el sionismo.

Por la paz y la reconciliación

El proceso de paz que comenzó en 1993 no tuvo como objetivo de restringir el proceso colonizador que caracteriza al Estado de Israel y a su ideología oficial, y así, nunca pudieron crearse las condiciones para un cese del fuego: no se liberaron los presos políticos y la colonización de Cisjordania y de la Franja de Gaza continuó imperturbada. Es más, si bien durante el proceso el movimiento nacional palestino a través de la OLP, primero, y la Autoridad Nacional Palestina, después, reconoció la legitimidad del Estado de Israel, éste último nunca reconoció la legitimidad de las reivindicaciones palestinas, en un proceso bilateral que resaltaba las diferencias de poder económico, militar y político entre ambos bandos

Para que se pueda dar un primer paso hacia un proceso de paz entre palestinos e israelíes es necesario que se imponga un cese del fuego entre ambas partes, y esto precisa la intervención de la comunidad internacional que imponga normas del derecho internacional al las partes de conflicto, rompiendo la bilateralidad impuesta por Israel.

Este será solamente un primer paso adelante que abriría espacios de diálogo entre palestinos e israelíes. Un cese del fuego crearía el espacio para que las fuerzas disidentes dentro de la sociedad israelí propongan alternativas a la ideología oficial del Estado, y esto sería un gran paso adelante, así como un proceso de reconciliación entre palestinos e israelíes.

Mas, sin la intervención de la comunidad internacional y la restricción de las prácticas coloniales de Israel se cierran los espacios de diálogo y negociación entre ambas comunidades para dar lugar a la violencia y la muerte.

Biografía:

Sergio Yahni

Nacido en Argentina y crecido en un Kibutz en Israel. Graduado en 1998 en la Universidad Hebrea de Jerusalén, donde estudió historia y filosofía. Desde 1987 es activista por la paz y la justicia social en Israel, donde también fué el director del Alternative Information Center, una ONG Israelí-palestina conjunta con sede en Jerusalem y Belén.

Dirección postal:

Sergio Yahni
The Alternative Information Center
POBox 31417
Jerusalem 91313